

otros mismos, que dura toda la vida: el amor propio.

¿Qué buscáis en la sociedad? La admiración. ¿Qué encontrais en la familia? ¡Ah! los hijos molestan, los maridos fastidian, las madres ya son antiguas.

Teneis pudor, cierto; ese pudor que os hace ocultar todo lo que os afea.

Admirable mujer esa: estaba dispensada de todo pudor, porque no tenía ninguna imperfección que tapar.

Vosotras teneis también profundos dolores: la primera cana, y la primera arruga os cuestan muchas tristezas.

Las demás penas de la vida las llorais con lágrimas de oro.

Sobre el cadáver de vuestro hermano, de vuestro padre ó de vuestro hijo, echais el suntuoso llanto de un magnífico entierro y enjugais vuestras lágrimas con el soberbio sudario en que habeis envolver sus restos.

¡Qué dolor tan elegante! ¡qué pena de tan buen gusto! Y si el luto os cae bien ¡qué consuelo!

Morís, preciso es confesarlo, como las flores, dejando en pos de vuestro camino un mundo de hojas marchitas: vuestro guarda-ropa esparcido sobre la tierra.

Dejais el recuerdo de vuestros ricos vestidos, la memoria de vuestras últimas joyas, la imagen vaporosa de vuestra esquisita elegancia.

Este es el mundo.

Vosotras lo habeis encerrado en el estrecho recinto de cuatro tablas: llamais *mundo*, con perfecta exactitud, á ese inmenso baul que llevais siempre á la espalda en vuestra brillante peregrinación sobre la tierra. Dentro llevais vuestro corazón.

Abrámosle.

—¿Qué hay en él!

—Todo; seda, oro, diamantes.

—Nada; cuatro adornos, cuatro piedras y cuatro trapos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y ese es el mundo?

—Ese.

JOSÉ SELGAS.

IDILIO

Luz de luna;
Lni un rumor;
fresco y verde
pabellón,
y allí solos
ella y yo.

Yo le dije: «Si abejas y flores
de la miel los artífices son,
para hacerla sabrosa nosotros
nada falta, bastamos los dos.

Pues son, encendidas
en fuego de amor,
mi boca la abeja,
tu boca la flor.»

VENTURA RUIZ AGUILERA.

SIN RECOMPENSA

I

SEÑORITO, por el amor de Dios compadézcase V. de la aflictiva situación de este pobre hombre, á quien la desgracia.... Vava V. con Dios! Que Dios le aumente la caridad! Que... Caballero, por... Viento deben ser sus piernas por lo aprisa que marcha... Señorita, sin albergue y sin pan para mis hijos me hallaré esta noche si las almas compasivas no me socorren. No hagais con vuestra negativa mas leña de este tronco carcomido al cual los hombres... Gracias, señorita. ¡Que la reina de los cielos os conserve este hermoso rostro, hermano de vuestro corazón, nido de buenos sentimientos.... Y vos, señora.... y V. caballero.... Buenos dias Doña Josefa. ¡Cuán buena es V! Que Dios le multiplique la caridad y... Esa es la mejor parroquiana que tengo.

—Como conocísteis á esa señora? tío Roque.

—Acabado el servicio me encontré con mi patria que me abandonaba y con un brazo menos, del cual se enamoraron sucesivamente una bala enemiga, un cuchillo de hospital y un sepulture-ro. Me importaba tanto un pueblo como otro y me quedé aquí. Los pórticos de la plaza me guarecieron de la lluvia y las gradas del templo me sirvieron de sitio mientras sentado esperaba que alguna alma compasiva.... Señora, no habrá una limosna para.... Gracias y que se lo pague... Caballero, una.... Otra vez seré más afortunado. Como os decía....

—Y cuántos años han transcurrido, desde que por primera vez empezasteis á recoger limosnas?

—Muchos años, tia Ramona. Entonces me apuntaba el bozo y hoy hasta las canas me abandonan. Murieron mis padres en edad temprana y se encargó de mi educación un sacerdote, pariente muy lejano. Adquirí allí conocimientos algo superficiales. Un dia, cansado de tanto latín, de tanto castigo y de tanta privación, vino á mis mientes la idea de la fuga. La puse en planta y... poco tiempo después me arrepentí, pero no retrocedí. Me quedaba un camino único y lo aproveché. Entre mi pariente capellán y el servicio no